

En este momento las sabinas, cuyo rapto había dado origen á la guerra, venciendo el natural temor de su sexo, con la cabellera tendida y en desorden los vestidos; lanzáronse entre los dos ejércitos en medio de una lluvia de flechas, deteniendo los brazos, calmando el furor, y dirigiéndose en tanto á los padres en tanto á los esposos, ruéganles que no se manchen con la sangre, sagrada para ellas, de un suegro ó de un yerno, que no impriman la mancha del parricidio en la frente de los niños que ya han concebido, hijos de los unos, nietos de los otros: «Si este parentesco, cuyo lazo somos nosotros, si nuestro matrimonio os es odioso, volved vuestras armas contra nuestro pecho: somos la causa de esta guerra, de las heridas y muerte de nuestros esposos y nuestros padres, y preferimos la muerte á vivir viudas ó huérfanas.» Conmoviéronse jefes y soldados, calmáronse y guardaron silencio. Adelantáronse los jefes para tratar, y no solamente quedó ajustada la paz, sino que también la reunión de los dos pueblos. Repáranse los dos reyes el imperio, cuya capital queda en Roma, y queda duplicada de esta manera la fuerza de los romanos (1). Mas para otorgar algún favor á los sabinos, tomaron los romanos de la ciudad de Cures el nombre de Quirites; y el pantano en que estuvo á punto de perecer Curcio con su caballo, llamóse, en memoria de la batalla, Lago de Curcio. Aquella dichosa paz, sucediendo repentinamente á tan deplorable guerra, hizo á las sabinas más queridas á sus esposos y á sus pa-

(1) Roma aumentó mucho sus fuerzas por su unión con los sabinos, pueblo duro y belicoso, como los lacedemonios, de quienes descendían. Rómulo tomó de ellos el escudo ancho en vez del pequeño que había usado hasta entonces. Debe advertirse que los romanos se hicieron dueños del mundo, porque combatiendo con todos los pueblos, adoptaban aquellos usos que encontraban mejores que los suyos.

dres, y especialmente á Rómulo. Así fué que al dividir al pueblo en tres curias las dió el nombre de aquellas mujeres. Muy superior era sin duda su número al de las curias, pero la tradición no nos dice si decidieron la aplicación de los nombres la edad, el rango ó el de sus maridos. Creáronse en la misma época tres centurias de caballeros, llamados, los de la primera, ramnenses, de Rómulo; los de la segunda, ticienses, de Tito Tacio; la tercera centuria llamóse Lucera, ignorándose por qué razón. Desde aquel momento no solamente fué común á los dos reyes el mando, sino que lo ejercieron con la mejor armonía.

Algunos años después, habiendo maltratado á los legados de los laurentinos los parientes del rey Tacio, reclamó el pueblo romano en nombre del derecho de gentes. Pero el favor y ruegos de los agresores tuvieron más influencia cerca de Tacio, por lo cual cayó el castigo sobre él, recibiendo la muerte en medio de un tumulto en Lavinia, adonde había acudido con motivo de la celebración de un sacrificio solemne. Dicese que no mostró Rómulo en esta ocasión el dolor conveniente, bien porque compartiese el trono á disgusto, bien porque estimase justa la muerte de Tacio. No empuñó las armas, y como debía expiarse el ultraje á los legados, Roma y Lavinia renovaron la amistad, amistad que producía paz inesperada. Pero otra guerra más peligrosa estalló casi en las mismas puertas de Roma. La proximidad de esta ciudad, cuyo poderío aumentaba diariamente, inquietaba á los fidenatos, y sin esperar á que realizase todo lo que parecía ofrecerle el porvenir, comenzaron á hacerle guerra. Arman la juventud, sacanla á campaña y talan el territorio que media entre Roma y Fidenas. Desde allí vuelven á la izquierda, porque á la derecha les opone obstáculo el Tíber, y propagan delante de ellos el terror y la desolación. Los ha-

bitantes de los campos huyen en tropel, y en su precipitada fuga á Roma llevan la primera noticia de la invasión. Alármase Rómulo (porque la inminencia del peligro no admite vacilación), ordena su ejército y marcha á acampar á una milla de Fidenas. Deja allí corta guarnición y se pone de nuevo en marcha con todas sus fuerzas: embosca parte de ellas en paraje lleno de malezas, y continúa la marcha con los demás peones y todos los caballos. Estos movimientos, operados con aparente desorden, y las correrías de la caballería hasta las puertas de la ciudad atraen á los enemigos, conforme se proponía Rómulo. Las acometidas de la caballería hacían más verosímil la fuga que la infantería simulaba; y en efecto, mientras los jinetes ejecutaban sus movimientos y mostraban vacilación entre el deseo de huir y el honor del combate, retiróse la infantería. Los fidenatos abren entonces las puertas de la ciudad, corren á la llanura, se lanzan en masa sobre el ejército romano, le ponen en retirada, y en el ardimiento de tenaz persecución, caen en la emboscada; preséntanse de repente los soldados romanos escondidos, cógenles de través, espántanse los fidenatos, y poniéndose en movimiento entonces la guarnición, aumenta su terror, siendo tan grande, que apenas deja tiempo á Rómulo y á la caballería para volver sobre ellos; comienza la fuga, y como ésta es verdadera, penetran en la ciudad con más desorden y precipitación que mostraron en la persecución del ejército romano, que solamente huían por artificio. Los romanos les empujaban con las espadas, y antes de que pudiesen cerrar las puertas entraron revueltos vencedores y vencidos, como si todos formasen un solo ejército.

La guerra de los fidenatos contagié á los veyos (que también eran etruscos); hacían causa común con ellos, tanto por la identidad de origen como por la irritación

que les causaba su derrota, y pensaban además con temor en la proximidad de una ciudad cuyas armas debían amenazar á todos sus vecinos. Derramáronse, pues, por las fronteras, antes para robar que para hacer formal guerra, por cuya razón no fijaron campamento ni esperaron al ejército romano. Cargados de botín volvieron á Veya, y los romanos, encontrando libre el campo, preparáronse á provocar un combate decisivo, cruzando el Tíber y estableciendo campamento. Al saber sus preparativos y marcha sobre la ciudad, salen los veyos y avanzan al encuentro del enemigo, prefiriendo decidir la cuestión en una batalla, que guarecerse en las murallas y pelear en las casas. En esta ocasión no empleó Rómulo la astucia, sino que venció con el valor de sus soldados, avezados ya á la guerra. Persiguió á los veyos derrotados hasta el pie de sus murallas, no intentando poner cerco á la ciudad, doblemente fuerte por sus muros y su posición. Retrocedió, pues, y taló el territorio, pero más por represalia que por avidez de botín. Esta devastación, unida á las pérdidas de la batalla consumió la ruina de los veyos, quienes enviaron legados á Roma ofreciendo la paz; concediéronles cien años de tregua, pero á precio de parte de su territorio. Estos fueron, sobre poco más ó menos, los acontecimientos militares y políticos durante el reinado de Rómulo, que concuerdan bastante con la opinión del origen divino de este rey, y con lo que se ha escrito relativamente á las cosas maravillosas que siguieron á su muerte. Todo abona esta creencia, especialmente si se considera el valor que desplegó para restablecer á su abuelo en el trono, su colosal proyecto de construir una ciudad y su habilidad para fortificarla, y por el provecho que sabía obtener tanto de la paz como de la guerra. Tan bien aprovechó Roma la fuerza que recibía de su fundador, que desde sus pri-

meros progresos no se turbó su tranquilidad durante cuarenta años. El pueblo quería más á Rómulo que al Senado, pero más que todos le adoraban los soldados. Había elegido trescientos, á los que llamaba céleres, para la guarda de su persona, y les conservó constantemente, tanto en la guerra como en la paz.

Realizadas todas estas obras inmortales, un día en que asistía á una asamblea, en un paraje cercano á la laguna de la Cabra, para proceder al censo del ejército, formóse repentinamente una tempestad con muchos relámpagos y truenos, y el rey, envuelto en densas nubes, fué arrebatado á todos los ojos. Desde entonces no se le volvió á ver sobre la tierra; y cuando pasó el espanto, cuando á la profunda obscuridad siguió pura y tranquila luz, viendo el pueblo romano vacía la silla real, mostróse bastante dispuesto á creer el testimonio de los senadores, que habiendo permanecido cerca del rey aseguraban había sido arrebatado al cielo durante la tempestad. Sin embargo, produciendo profundo estupor la idea de verse privado para siempre de su rey, permaneció por algún tiempo en profundo silencio, hasta que al fin, arrastrado por el ejemplo de algunos, prorumpió en unánimes aclamaciones, saludando á Rómulo como á dios, hijo de dios, rey y padre de la ciudad romana, pidiendo la paz y protección para su descendencia. Suponerse puede que no faltarían entonces algunos que acusarían por lo bajo á los senadores de haber despedazado con sus propias manos á Rómulo, y hasta se propagó este rumor, pero nunca alcanzó bastante consistencia. La admiración que inspiraba y el terror del momento han consagrado la parte maravillosa de la primera tradición, y se añade que la revelación de un ciudadano fortaleció más esta creencia. Cuando temerosa Roma, lloraba la muerte de su rey y dejaba transparentar su odio contra los senadores, Pró-

cul Junio, autoridad grave, según se dice, hasta en lo tocante á tan extraordinario evento, adelantóse en medio de la asamblea y dijo: «Romanos, Rómulo, el padre de esta ciudad, habiendo descendido del cielo, se me ha aparecido hoy al amanecer. Sobrecogido de temor y de respeto, quedé inmóvil, procurando conseguir por medio de ruegos que me permitiese contemplar su semblante.—Ve, me dijo, y anuncia á tus conciudadanos que esta ciudad que yo he fundado, esta Roma mía, será la cabeza del orbe, porque tal es la voluntad de los dioses. Que los romanos se dediquen completamente al arte de la guerra, y que sepan ellos y sus descendientes que ningún poder humano alcanzará á resistir las armas de Roma.—Dicho esto, elevóse en los aires. Extraño es que con tanta facilidad prestasen fe á tales palabras; pero la certeza de la inmortalidad de Rómulo dulcificó el pesar del pueblo y del ejército.

Entretanto agitaban al Senado la ambición y las rivalidades del trono. No teniendo ninguno todavía en aquel pueblo nuevo autoridad sólida, no se alzaban pretensiones entre los ciudadanos, debatiéndose la cuestión entre las dos razas del pueblo. Los de origen sabino, que desde la muerte de Tacio no habían tenido rey de su nación, y que, en aquella sociedad, fundada en la igualdad de derechos, temían perder los que tenían al mando, querían se eligiese el rey de entre ellos. Por su parte los romanos antiguos rechazaban rey extranjero; pero este disentimiento no impedía que los ciudadanos quisiesen unánimemente un rey, porque todavía ignoraban las dulzuras de la libertad. Pero aquella ciudad sin gobierno, aquel ejército sin general, rodeados de muchas ciudades inquietas, hacían temer á los senadores algún imprevisto ataque. Comprendíase la necesidad de un jefe, pero ninguno se decidía á ceder. Acordóse al fin que los cien senadores se dividirían

en diez decurias y que cada una de éstas confiniese á uno de sus individuos el ejercicio de la autoridad. El poder era colectivo, pero uno solo ostentaba las insignias y marchaba precedido de lictores. El mando solamente duraba cinco días, y cada uno lo ejercía á su vez. De esta manera quedó suspendida la realeza durante un año, llamando á esta suspensión interregno, palabra que todavía se usa hoy. Mucho se quejó entonces el pueblo de que se había agravado su servidumbre y de que en vez de un amo tenía ciento; mostrándose dispuesto á no soportar en adelante más que un rey y á elegirlo él mismo; comprendiendo los senadores, por esta actitud popular, que debían resignar voluntariamente los poderes de que iban á despojarles. Mas al abandonar al pueblo el poder, retuvieron en realidad más de lo que concedían, porque sujetaron la elección del rey por el pueblo á la ratificación del Senado, prerrogativa usurpada que se ha conservado hasta hoy en el Senado para la sanción de las leyes y nombramientos para los cargos de la magistratura, aunque esto no es ya sino mero formalismo, puesto que antes de que el pueblo vote, el Senado ratifica la decisión de los comicios, sea la que quiera. Mas en aquella época el interés convocó la asamblea y dijo: «Quirites, para la gloria, bienestar y felicidad de Roma, nombrad vosotros mismos el rey; así lo ha decidido el Senado. Nosotros ratificaremos la elección si dais á Rómulo digno sucesor.» Tanto agradó al pueblo esta concesión, que rivalizando en generosidad, decidió que la elección se encargase al Senado.

Vivía en aquel tiempo Numa Pompilio, varón célebre por su justicia y su piedad. Habitaba en Cerea, con los sabinos, y era, para su época, muy versado en el conocimiento de la moral divina y humana. Dícese, sin fundamento, que fué discípulo de Pitágoras de Samos; pero

es cosa averiguada que este floreció bajo el reinado de Servio Tulio, más de cien años después de Numa, y que habitó en los confines de Italia, en las inmediaciones de Metaponto, de Heraclea y de Crotona, donde estableció escuela para los jóvenes que seguían sus doctrinas. Pero aun admitiendo que fuese contemporáneo de Numa, ¿dónde había de haber encontrado hombres movidos por el deseo de instruirse? ¿por qué conducto había de haber llegado hasta los sabinos la fama de su nombre? ¿en qué lengua habían de haber comunicado? ¿y cómo, en fin, un hombre solo había de haber penetrado á través de tantas naciones tan diferentes en costumbres y lenguaje? Mas creible es que Numa encontraba en sí mismo los principios de virtud á que se ajustaba su espíritu, y que más que en escuelas extranjeras se instruyó en la viril y rigurosa disciplina de los sabinos, que fueron el pueblo más austero de la antigüedad.

Aunque la elección de un rey de gente sabina debió parecer que acreditaba la preponderancia de este pueblo, ningún senador romano se atrevió á preferirle ningún otro, ni senador ni ciudadano, y todos le reconocieron el imperio. Llevado á Roma, quiso Numa Pompilio, imitando á Rómulo (que no echó los cimientos de la ciudad ni tomó posesión del mando hasta que consultó los oráculos), interrogar á los dioses acerca de su elección. Un augur, que debió á este honor conservar el sacerdocio público, llevó á Numa al monte Capitolino: hízole sentar allí sobre una piedra, vuelta la cara al Mediodía, y el mismo augur, con la cabeza cubierta y teniendo en la mano un cayado sin nudos, llamado *lituus*, se volvió á su izquierda. Recorriendo en seguida con su vista la ciudad y los campos, trazó con el pensamiento líneas imaginarias en el espacio comprendido entre Oriente y Occidente, colocando la derecha al Me-

diódia y la izquierda al Norte; en seguida designó en frente de él y todo lo lejos que pudo un punto imaginario, y cogiendo al fin el cayado con la mano izquierda y extendiendo la derecha sobre la cabeza de Numa, pronunció esta plegaria: «Oh Júpiter, padre de la naturaleza, si tu voluntad es que Numa, cuya cabeza toco, sea rey de Roma, muéstralo en señales evidentes en el espacio que acabo de señalar.» En seguida explicó la naturaleza de los auspicios que pedía, y habiéndose manifestado, quedó declarado rey Numa y bajó del templo.

Dueño ya del mando, quiso que aquella ciudad naciente, fundada por la violencia y las armas, lo fuese de nuevo por la justicia, las leyes y la pureza de costumbres. Y como veía imposible que en medio de continuas guerras aceptasen aquellas innovaciones hombres cuya rudeza había aumentado con el ejercicio de las armas, creyó que debía comenzar por quitarle gradualmente su habitual alimento. Con este objeto dedicó un templo á Jano, construyéndolo al pie del Argiletó (1), y que fué símbolo de la paz y de la guerra: abierto, llamaba á los ciudadanos á las armas; cerrado, anunciaba que reinaba la paz con todos los pueblos vecinos. Dos veces se ha cerrado después del reinado de Numa; la primera bajo el consulado de T. Manlio, al terminar la primera guerra púnica; la segunda, bajo César Augusto, cuando, por la misericordia de los dioses, vimos, después de la batalla de Accio, restablecida la paz con el mundo por mar y tierra. Cuando lo cerró Numa; cuando por medio de tratados y alianzas realizó la unión entre Roma y los pueblos comarcanos; cuando hubo disipado las inquietudes acerca de la probable re-

(1) Era una eminencia al Oriente del monte Palatino por el lado del Foro.

innovación de todo peligro exterior, temió la pernicioso influencia de la ociosidad en aquellos hombres á quienes habían contenido hasta entonces el temor del enemigo y los hábitos guerreros; y desde luego pensó que llegaría más fácilmente á dulcificar las groseras costumbres de aquella multitud y á disipar su ignorancia, infundiendo en las almas el sentimiento profundo del temor á los dioses. Pero no podía conseguir este objeto sin intervención milagrosa, y fingió (1) tener nocturnas entrevistas con la diosa Egeria, diciendo que, obedeciendo sus órdenes, establecía las ceremonias religiosas más agradables á los dioses y un sacerdocio especial para cada uno de ellos. Ante todo, dividió el año, según el curso de la luna, en doce meses; pero como cada revolución lunar no es regular de treinta días, y por lo tanto hubiese quedado incompleto el año solar, suplió la falta con la interposición de meses intercalares, ordenándolos de tal suerte, que cada veinticuatro años, encontrándose el sol en el mismo punto de que había partido, quedaban perfectamente concordes los días, según el curso solar. Estableció también los días fastos y nefastos, presintiendo ya la utilidad de aplazamientos con el pueblo.

Pensó en seguida en crear sacerdotes, aunque por sí mismo ejercía la mayor parte de las funciones que desempeña actualmente el flamín dial. Pero previendo que esta ciudad belicosa tendría más reyes semejantes á Rómulo que á Numa, reyes que hiciesen la guerra y marchasen personalmente á ella; temiendo que los oficios de rey perjudicasen á los de sacerdote, creó un flamín con la misión de no separarse jamás del altar de

(1) La palabra *fingir* demuestra que Tito Livio no creía ciegamente las tradiciones populares, sino que en su opinión tienen fundamento histórico. Todavía se encuentra en los alrededores de Roma el bosque de la ninfa Egeria.

Júpiter, revistióle con augustas insignias, y le dió la silla curul, parecida á la de los reyes. Añadióle otros dos flamines, consagrados uno á Marte y otro á Quirino. En seguida fundó el colegio de las Vestales (1), sacerdotio tomado de los de Albano y que no era extraño á la familia del fundador de Roma. Asignóles en seguida rentas sobre el Estado para sujetarlas exclusivamente y para siempre á las necesidades de su ministerio, acabando de imprimirles carácter venerando y sagrado el voto de virginidad y otros privilegios. Creó otros doce sacerdotes, con el nombre de salios, en honor de Marte Grandivo, dándoles por insignias togas bordadas, cubiertas en el pecho por coraza de bronce; su misión era llevar los escudos sagrados, llamados *ancilia*, y discurrir por la ciudad cantando versos y ejecutando danzas y movimientos de cuerpo particulares dedicados á esta solemnidad. Nombró pontífice máximo á Numa Marcio, hijo del senador Marco, encargándole el cuidado de todo lo referente á la religión, y dándole por escrito la prerrogativa de dirigir las ceremonias religiosas, determinar la clase de víctimas, en qué días y en qué templos deberían sacrificarse, de qué fondos se sufragarían los gastos, y últimamente jurisdicción sobre todos los sacrificios, tanto públicos como privados. De esta manera sabía el pueblo á quién consultar, y no corría riesgo la religión de recibir ofensa por olvido de los ritos nacionales y la introducción de otros extraños. No ordenaba solamente el pontífice máximo los sacrificios dedicados á los dioses celestiales, sino que también los que se hacían á los manes y las ceremonias fúnebres, enseñando también á distinguir entre los prodigios anunciados por el rayo y otros fenómenos aquellos que

(1) Generalmente se atribuye á Numa la institución de las vestales, pero algunos historiadores la remontan á Rómulo.

exigían expiación. Para conocer la voluntad de los dioses dedicó en la cumbre del monte Aventino un templo á Júpiter Elicio y consultó á los dioses por medio de los augures acerca de los prodigios dignos de atención. Aquellas relaciones íntimas entre el pueblo y los ministros de la religión, aquella nueva tendencia de los espíritus hacia los ejercicios piadosos hicieron perder á la multitud sus violentas y guerreras costumbres; y el cuidado constante de los dioses, que según parecía no dejaban de intervenir en la dirección de los negocios humanos, infundió tanta piedad en los corazones, que la fe y el respeto al juramento, á falta del temor á las leyes y á los castigos, hubiesen bastado para contener á los romanos. Todos arreglaban sus costumbres por las de Numa, que era el único ejemplo; así fué que los pueblos vecinos, que hasta entonces habían considerado á Roma, no como una ciudad, sino como un campamento establecido entre ellos para perturbar la tranquilidad general, adquirieron poco á poco tal veneración hacia ella, que hubiesen tenido por sacrilegio cualquiera hostilidad contra una ciudad completamente dedicada al servicio de los dioses. Muchas veces sin testigos, y cual si fuese á conferenciar con la diosa, retirábase Numa á un bosque cruzado por un arroyo, cuyas inagotables aguas brotaban del fondo de obscura gruta. Él mismo dedicó este bosque á las musas, porque allí se reunían éstas con su esposa Egeria. La Buena Fe tuvo un templo especial, disponiendo Numa que los sacerdotes de este templo fuesen á él montados en un carro cubierto, tirado por dos caballos, y que durante las ceremonias tuviesen las manos envueltas hasta los dedos, para dar á entender que debía protegerse la buena fe, y que la mano es el símbolo y su asiento. Otros muchos sacrificios estableció, y los sacerdotes llamaron Argios á los parajes destinados á su celebración. Pero

la obra más hermosa y más grande de Numa fue el mantenimiento de la paz y la solidez de sus instituciones durante su reinado. De esta manera engrandecieron dos reyes la ciudad romana, uno por la guerra y el otro por la paz. Rómulo reinó treinta y siete años, Numa cuarenta y tres. Roma era poderosa entonces, y las artes que había adquirido por la guerra y por la paz habían perfeccionado sus adelantos.

Muerto Numa volvióse al interregno; mas el pueblo eligió rey á Tulo Hostilio, nieto de aquel Hostilio que se distinguió contra los sabinos en el combate al pie de la fortaleza. El Senado aprobó la elección; pero este príncipe, lejos de parecerse al anterior, tenía carácter más belicoso aún que Rómulo. Su juventud, su vigor y la gloria de su abuelo enardecieron su valor, y persuadido de que un estado se enerva en la inacción, por todas partes buscaba pretextos para la guerra. Quiso la casualidad que los labradores romanos y albanos se entregasen á recíprocas depredaciones. Gobernaba entonces Albano C. Clulio, y cada partido mandó casi al mismo tiempo legados pidiendo reparación. Había encargado Tulo á los suyos exponer ante todo su petición, esperando terminante negativa de parte de los albanos, lo que le proporcionaba legítimo caso de guerra. Los albanos llevaron con más lentitud las negociaciones, y recibiendo Tulo, invitándoles á su mesa, le colmaron de atenciones y cortesías. Entre tanto presentaron los legados romanos sus reclamaciones, y ante la negativa de los albanos, les declararon la guerra para treinta días después. Enterado Tulo, llamó á los legados albanos y les pidió explicación del motivo de su viaje. Ignorando todavía éstos lo ocurrido, alegaron vanas excusas para ganar tiempo: «Muy á disgusto suyo se exponen á desagradar á Tulo, pero tienen que sujetarse á las órdenes recibidas. Vienen á re-

clamar la restitución de lo que les han arrebatado, y si no lo consiguen, se les ha mandado declarar la guerra.» Tulo contestó entonces: «Decid á vuestro rey que el de los romanos pone por testigos á los dioses, que aquel de los dos pueblos que primero se negó á hacer justicia á la reclamación de los legados, debe ser responsable de las funestas consecuencias de esta guerra.»

Los albanos llevaron á los suyos esta contestación, y por ambas partes se aprestaron arduosamente para la contienda; contienda que tenía todo el carácter de guerra civil, porque decirse puede que ponía frente á frente padres é hijos. Los dos pueblos tenían origen troiano; Lavinio descendía de Troya, Albano de Lavinio, y los romanos descendían de los reyes de Albano. Pero el resultado de la guerra hizo menos deplorable el caso, porque no combatieron en batalla campal, sino que destruyeron las casas de una de las ciudades, los habitantes pasaron á la otra. Los albanos fueron los primeros en invadir con formidable ejército el territorio romano; tenían el campamento á cinco millas; habiéndolo rodeado de un foso, que durante algunos siglos se le llamó del nombre del jefe, foso Clulio, hasta que el tiempo borró el foso y su nombre. Habiendo muerto Clulio en el campamento, los albanos eligieron dictador á Metto Suffecio; pero el valeroso Tulo, cuya audacia había aumentado con la muerte de Clulio, propaló por todas partes que la venganza de los dioses, después de haberse manifestado en la persona del jefe, amenaza castigar por el crimen de aquella guerra impía á todo el que lleve nombre de albano. En seguida, aprovechando la obscuridad de la noche, rodea el campamento, é invade á su vez el territorio de Albano. Enterado Metto, salió de sus empalizadas y se acercó cuanto pudo á los romanos; desde allí mandó un emisario á Tulo para

manifestarle la conveniencia de una entrevista antes de empeñar el combate, y que en caso de que la aceptase, propondría cosas que interesaban por igual á Roma y á Albanó. No se negó Tulo, aunque esperaba poco fruto de la conferencia, y ordenó en batalla su ejército. Lo mismo hicieron los albanos, y entonces dijo Metto: «Injustos ataques, presas arrebatadas en contra de la fe de los tratados, reclamadas y no devueltas, son las causas de esta guerra. Al menos, estas son las que oí á nuestro rey Cluilio, y las que tú mismo darás, ¡oh Tulo! Mas sin recurrir á sutiles razones y para declarar aquí la verdad, digo que solamente la ambición arma el uno contra el otro á estos dos pueblos vecinos unidos por lazos de parentesco. No decidiré yo si obramos bien ó mal, porque esto atañe á los autores de la guerra que yo debo sostener como jefe de los albanos. Pero solamente quiero hacerte una advertencia, ¡oh Tulo! tú y yo nos encontramos rodeados por la nación etrusca; el peligro es grande para todos, pero mucho más grande para los tuyos, y tanto mejor lo sabéis cuanto que os encontráis más cercanos. Los etruscos son poderosos en tierra y más poderosos aún en el mar. Recuerda que en cuanto des la señal de combate, ese pueblo que tiene fija la vista en los dos ejércitos esperará á que nos hayamos debilitado para atacar á la vez al vencedor y al vencido. Así, pues, en vez de contentarnos con una libertad asegurada, corremos los peligros de la esclavitud ambicionando la conquista de un dominio dudoso; busquemos, en nombre de los dioses, un medio que, sin derramamiento de sangre, decida al fin cuál de los dos pueblos ha de ser soberano.» Aunque la esperanza de la victoria enardecía á Tulo, no desdeñó la proposición, y mientras los dos jefes buscaban aquel medio, la fortuna se encargó de suministrarlo.

Por acaso había en ambos ejércitos tres hermanos

gemelos iguales por edad y fuerza. Eran éstos los Horacios y Curiacios. La exactitud de sus nombres está suficientemente comprobada, y los anales de la antigüedad presentan pocos hechos tan comprobados como el suyo. A pesar de esto, todavía subsiste hoy la duda acerca de la nación á que pertenecían los Horacios y cuál era la de los Curiacios, porque difieren acerca de esto los escritores (1); aunque el mayor número creen á los Horacios romanos, inclinándome yo á esta opinión. Cada uno de los reyes encargó á los tres hermanos combatir por la patria, y donde quede la victoria quedará el mando. Aceptóse la condición y se convino acerca del tiempo y el lugar del combate. Previamente se ajustó un tratado entre romanos y albanos, cuya cláusula principal era que el pueblo vencedor ejercería sobre el vencido mando suave y moderado. En todos los tratados varían las condiciones, pero la fórmula es igual. Este es el pacto de esta especie más antiguo que conocemos. El facial, dirigiéndose á Tulo, dijo: «¡Oh rey! ¿me mandas concluir un tratado con el heraldo del pueblo albano?» Y recibiendo respuesta afirmativa, añadió: «Yo te pido la hierba sagrada.» «Cógela, contestó Tulo.» Entonces trajo el facial de la fortaleza la hierba, y dirigiéndose otra vez á Tulo: «Rey, dijo, ¿me nombras intérprete de tu voluntad y de la del pueblo romano, descendiente de Quirino? ¿Aceptas los vasos sagrados y mis compañeros?» «Sí, respondió el rey; poniendo á salvo mi derecho y el del pueblo romano.» El facial era M. Valerio y creó heraldo (*pater patratus*) (2) á Sp. Fusio tocándole la cabeza y el cabello con la verbe-

(1) Esta incertidumbre es uno de los argumentos de los escépticos acerca de la autenticidad de la historia primitiva de Roma. Mas ¿puede negarse de buena fe un hecho acompañado de circunstancias que debieron dejar profundísimos recuerdos?

(2) El *pater patratus* era el jefe del colegio de los Faciales.

na (1). El heraldo prestó juramento y sancionó el tratado, empleando para ello larga serie de fórmulas sagradas que es inútil repetir aquí. Leídas las condiciones, dijo el facial: «Oye, Júpiter; oye, heraldo del pueblo albano; oye, pueblo albano: El pueblo romano no será jamás el primero en violar las condiciones y las leyes. Las condiciones, escritas en estas tablillas ó en esta cera, se os acaban de leer desde la primera á la última sin dolo ni astucia. Desde hoy todos las conocen bien, y no será el pueblo romano el primero que se aparte de ellas. Si ocurriese que por deliberación pública ó por indignos subterfugios fuese el primero en infringirlas, entonces, oh Júpiter Máximo, hiérole como voy yo á herir á este puerco, y hazlo con tanto más rigor cuanto más grande es tu poder.» Dicho esto, hirió con una piedra al puerco. Los albanos por su parte repitieron las mismas fórmulas y pronunciaron el mismo juramento por boca de su dictador y de sus sacerdotes. Hecho el pacto, los tres hermanos de cada bando empuñaron las armas, según lo convenido. Animábanles las voces de sus conciudadanos. Los dioses patrios, la patria misma, cuanto hay de ciudadanos en el ejército y en la ciudad, fijan sus ojos, ora en las armas, ora en sus brazos. Excitados por su propio valor y aturridos por tantos gritos que les exhortan, avanzan entre los dos ejércitos formados delante del campo, exentos de peligro, pero no de temor, porque se trataba del imperio, pendiente del valor y de la fortuna de tan corto número de combatientes. Con ánimo suspenso y anhelante, esperan ansiosamente el comienzo de un espectáculo tan poco grato á la vista. Dióse la señal, y los seis campeones se lanzan como un ejército en batalla, llevando en el corazón el valor de dos grandes naciones.

(1) Empleábase la verbena en las purificaciones.

Indiferentes al propio peligro, solamente contemplan el triunfo ó la esclavitud, el porvenir de su patria cuya suerte será la que ellos le formen. Al primer choque de aquellos guerreros, al crujir primero de sus armas, en cuanto centellearon sus espadas, horror profundo se apoderó de los espectadores, helándoles la voz la incertidumbre, suspendiéndoles el aliento. Trábase el combate, y no ya los movimientos del cuerpo, no ya el brillar de las armas, ni los inciertos golpes, sino las heridas y la sangre es lo que espanta las miradas. Dos romanos caen muertos el uno sobre el otro, y heridos están los tres albanos. Al caer los dos Horacios el ejército de Albano lanza grito de alegría, y los romanos, sin esperanza ya, pero no sin temor, fijan la vista en el tercer Horacio, rodeado por los tres Curiacios. Afortunadamente se encontraba ileso; y viéndose débil contra tres enemigos reunidos, pero muy fuerte contra cada uno de ellos en particular, para separarles emprendió la fuga, persuadido de que le perseguirán con el brío que les permitan las heridas. Habíase alejado ya algo del paraje del combate, cuando volviendo la cabeza, ve que, en efecto, le persiguen sus adversarios á distancias muy desiguales, teniendo cerca uno solo. Con furioso ímpetu cayó sobre él: el ejército albano excitó con sus gritos á los Curiacios para que acudiesen en socorro de su hermano; pero vencedor ya, Horacio acude al segundo combate. El alarido que arranca inesperada alegría, brota entonces del ejército romano, y enardecido el guerrero con aquel grito, precipita el combate, y antes de que llegue el tercer Curiacio, que ya estaba cerca, mata al segundo. Solamente quedaban dos ya, iguales para las probabilidades del combate, pero desiguales por la confianza y las fuerzas. El uno, ileso y orgulloso por su doble victoria, acude con seguridad al tercer empeño: el otro, debilitado por la he-

rida, extenuado por la carrera, pudiendo apenas arrastrarse y vencido de antemano por la muerte de sus hermanos, presenta la garganta á la espada del vencedor. Ya no hubo combate; lleno de gozo, el romano exclamó: «He inmolido dos á los manes de mis hermanos; este es causa de la guerra y lo sacrificaré para que Roma impere sobre Albano.» El Curiacio apenas podía sostener las armas, y el Horacio, clavándole la espada en el cuello, le derribó y despojó. Los romanos acogieron en triunfo al vencedor, tanto más gozosos, cuanto más habían temido. Cada uno de los pueblos cuidó en seguida de enterrar á sus muertos, pero con sentimientos muy diferentes: el uno conquistaba el imperio, el otro caía bajo dominio extraño. Todavía se ven las tumbas de aquellos guerreros en el paraje en que cayeron los dos romanos juntos y cerca de Albano: los tres albanos del lado de Roma, á cierta distancia entre sí, según el sitio en que habían combatido (1).
 Antes de separarse, Metto, en observancia del tratado, preguntó á Tulo qué mandaba, contestando éste que mantuviese armada á la juventud para emplearla contra los veyos si les hacía la guerra. Retiráronse en seguida los dos ejércitos, marchando al frente de los romanos Horacio, llevando los despojos de sus tres victorias. Su hermana, prometida á uno de los tres Curiacios, le salió al encuentro cerca de la puerta Capena, y reconoció sobre el hombro de su hermano la clámide de su prometido, tejida por ella misma; arrancóse los cabellos y llamó á su esposo con voz ahogada por los sollo-

(1) Hase pretendido reconocer los sepulcros de los Curiacios en el mausoleo de cinco pirámides que se ve al salir de Albano para ir á Laricia; pero los detalles que da Tito Livio acerca del sitio de los sepulcros de los cinco guerreros, y la forma de los monumentos, que es etrusca, no permiten admitir esta opinión, que, por otra parte, está desechada hace mucho tiempo.

zos. Indignado Horacio al ver que las lágrimas de su hermana amenguaban su triunfo, sacó la espada y se la clavó á la doncella, diciendo: «Ve con tu loco amor á reunirte con tu esposo, tú, que olvidas á tus hermanos muertos, al que te queda y á tu patria. ¡Así perezca toda romana que se atreva á llorar la muerte de un enemigo!» Aquella muerte indignó al pueblo y al Senado; pero el brillo de la victoria disminuía el horror. Sin embargo, llevaronle ante el rey y le acusaron. Temiendo el rey la responsabilidad de la sentencia, cuyo rigor sublevaría á la multitud, y temiendo más aún ordenar el suplicio que seguiría á la sentencia, convocó la asamblea del pueblo y dijo: «Nombro, según la ley, duunviros que juzguen á Horacio.» La ley era extraordinariamente rigurosa. «Que los duunviros juzguen el delito, decía; y si apelan de la sentencia, juzguen sobre la apelación. Si resulta confirmada la sentencia, cúbrase la cabeza del culpable, suspéndasele al árbol fatal y azótesele con varas en el recinto ó fuera del recinto de la ciudad.» Ateniéndose á esta disposición legal, los duunviros no se hubiesen atrevido á absolver ni siquiera á un inocente después de haberle condenado. «P. Horacio, dijo uno de ellos, declaro que has merecido la muerte. Ve, licitor, á tale las manos.» Acercóse el licitor, y ya preparaba la cuerda, cuando por consejo de Tulo, interpretando con clemencia la ley, exclamó Horacio: «Apelo.» Llevóse la apelación al pueblo. Todos se encontraban conmovidos, oyendo gritar al viejo Horacio que la muerte de su hijo era justa; que en otras circunstancias, él mismo hubiese obrado contra él en virtud de la autoridad paternal, y suplicaba á los romanos, que le habían visto la vispera padre de tan numerosa familia, que no le privasen de todos sus hijos. Abrazándole después y mostrando al pueblo los despojos de los Curiacios colgados en el punto que todavía se llama hoy Pilar de Horacio,